

ECOS DE LA PALABRA

Una cosa te falta: comparte lo que tienes

Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 10, 17-30 (Domingo 28 del Ciclo B)

Hace pocos días, el jesuita Cristóbal Jiménez, compartía en el Centro Loyola su visión sobre la relación entre la Iglesia y los medios de comunicación que, dicho sea de paso, no está exenta de tensiones y dificultades. Al final, cuando apuntaba algunas pistas para buscar una relación más armoniosa, trajo a colación el término **hemiplejía moral**,



acuñado por el filósofo español Ortega y Gasset, para decir que es importante no quedarnos con un solo lado, hay que integrar los dos componentes por medio del diálogo, el conocimiento mutuo y el respeto.

Permitidme una analogía sencilla. El evangelio de hoy es una llamada a evitar en nuestra vida cristiana la hemiplejía moral, es decir, una llamada a integrar la vivencia de los mandamientos y la praxis de la justicia. Son dos momentos inseparables que conforman el seguimiento de Jesús. Para comprender mejor esta llamada, os invito a ver el evangelio en cuatro momentos:

Primer momento: el objetivo. El interlocutor de Jesús, que no puede ser ajeno a su enseñanza porque le llama “Maestro bueno”, le pregunta qué debe hacer para heredar la vida eterna, para que la vida sea tan digna para todas y todos que merezca ser eternizable. No es un objetivo baladí, se trata de una apuesta por construir el Reinado de Jesús, de aspirar a un mundo distinto construido desde el sueño de Dios para toda la humanidad.

Segundo momento: la llamada. Para satisfacer este noble ideal Jesús propone dos caminos complementarios: **cumple los mandamientos**, cumple aquellas normas inscritas en el corazón que hacen que la relación con Dios, con los hermanos, contigo mismo y con la creación sean armónicas y reconciliadas, que sean constructoras de unidad en medio de la riqueza de la pluralidad porque se basan en el reconocimiento y el respeto a la dignidad de todos. **Práctica la justicia**, comparte tus bienes -materiales y espirituales- con los pobres, con los que no pueden, no tienen, no saben o no cuentan para la sociedad pues, sólo cuando somos capaces de ser solidarios con los últimos, podemos sentir que nuestro tesoro no será blanco de la polilla y del hollín.

Cuando aceptamos la invitación de Jesús de venderlo todo y darlo a los pobres podemos decir sin reparo que “lo que no es bueno para todos no es bueno para mí”.

Tercer momento: la respuesta. El evangelio dice que el interlocutor de Jesús, cuando escuchó la segunda parte de la llamada, frunció el ceño y se fue con pesar porque era muy rico. No fue capaz de dar el salto a la práctica de la justicia y de la solidaridad porque estaba apegado a su fortuna y en ésta había puesto su confianza. Su seguridad estaba basada en los bienes y, quizás, en la fama y las oportunidades que el entorno da a los ricos y poderosos. No obstante, ante la respuesta negativa del joven, la mirada de Jesús -me imagino yo-, no fue de indignación sino de compasión con las personas que colocando su seguridad en lo material no se abren a la dinámica transformadora del Reino que dice donación, salir de sí mismo, entregarse, dar la vida, compartir, ser solidario.

Para seguir a Jesús debemos tomar conciencia de nuestras hemiplejías, de nuestros seguimientos parciales. Es difícil soñar una vida eternizable si en nuestro corazón el apego a los bienes, que nos hace algunas veces mezquinos, nos deja permitir que muchos hermanos tengan que vivir una calidad de vida tan indigna que a nadie le gustaría que fuese eterna. La fe en Jesús, que anunciamos y profesamos, va unida inseparablemente al servicio y la promoción de la justicia.

Cuarto momento: la esperanza. A pesar de que los que ponemos la confianza en los bienes o en el prestigio lo tenemos difícil para entrar en el Reino, hay una voz de esperanza que resuena: “Dios lo puede todo”. Es posible, con la ayuda de Dios, un cambio en nuestra forma de ver y entender la vida, de dejarnos tocar por los pobres, los preferidos de Dios, para abrirnos a la solidaridad y al compartir generoso con tantos y tantas que, esta sociedad que hemos ayudado a construir bajo la égida de la acumulación, está dejando tirados a la vera del camino. Todo es posible para Dios.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona